

## Tres perspectivas de la colonia colombiana: conquistadores, indios y estancos

Maurice P. Brungardt  
Loyola University

José Ignacio Avellaneda, *Los compañeros de Féderman, cofundadores de Santa Fe de Bogotá* (Bogotá: Academia de Historia y Tercer Mundo Editores, 1990), 442 páginas.

Luis Fernando Calero, *Pastos, quillacingas y abades, 1535-1700* (Bogotá: Banco Popular, 1991), 220 páginas.

Gilma Mora de Tovar, *Aguardiente y conflictos sociales en la Nueva Granada del siglo XVIII* (Bogotá: Universidad Nacional, 1988), 242 páginas.

Una evaluación detallada de los tres libros citados arriba constituye una manera interesante de seguir el rumbo de la historiografía colombiana. Aunque los autores mencionados, todos colombianos, mantienen una continuidad tradicional importante, su formación y sus estudios en el extranjero dejan entrever la influencia foránea que ha caracterizado los estudios colombianos sobre el periodo colonial. José Ignacio Avellaneda, por ejemplo, trabajó con el maestro colombiano David Bushnell y recibió su Ph. en historia latinoamericana en la Universidad de Florida, en Gainesville, en 1990. Luis Fernando Calero terminó estudios latinoamericanos y recibió su Ph., en 1987, en la Universidad de California, en Berkeley, claustro de algunos de los más importantes historiadores de la demografía de la colonia. Gilma Mora de Tovar recibió su doctorado en la Universidad de Alcalá de Henares, en 1987, e hizo su tesis bajo la dirección del colonialista y colombianista Manuel Lucena Salmoral.

La conquista y la ocupación española de Nueva Granada resultaron de tres expediciones independientes, dirigidas en forma completamente distinta. La salida de Gonzalo Jiménez de Quesada de Santa Marta y su travesía por el río Magdalena, así como la marcha de Se-

bastián de Belalcázar del Ecuador hacia el norte, se han investigado cuidadosamente y los participantes han sido identificados. No sucedió así, sin embargo, con el grupo que partió de Venezuela encabezado por el alemán Nicolás de Féderman. La aparición de *Los compañeros de Féderman, cofundadores de Santa Fe de Bogotá* ha llenado este vacío. La lista y las historias individuales de los que tomaron parte con Féderman de esa campaña son probablemente definitivas. Avellaneda coteja sus datos archivísticos con los ofrecidos por los cronistas, indicando cuáles fueron sus errores, contradicciones e inconsecuencias, lo cual nos permite apreciar quiénes de aquéllos expresaron la verdad y quiénes copiaron a otros cronistas.

Semejante en carácter y esquema a *The Men of Cajamarca* (Austin, 1972), de James Lockhart, la obra de Avellaneda perfila a Féderman y a sus hombres con un análisis biográfico (el lugar y la fecha de su nacimiento, la clase social, el grado de educación, su carrera y su experiencia) antes de llegar a la Nueva Granada.

También considera la función que ellos representarían en la historia de la tierra que conquistaron y colonizaron. Se sabe que, de los 300 europeos y un gran número de indios que cruzaron los Llanos con más de 130 caballos, solamente 160 entre los europeos y un grupo muy reducido de los indios llegaron a la Sabana de Bogotá. De estos 160, se conocen los nombres de 106. La edad de 45 de ellos oscilaba entre los 17 y 42 años. El grupo más grande lo constituían los hombres entre los 26 y 30 años. Había trece extranjeros, un número igual de andaluces y dos extremeños. Respecto a las regiones de Nueva Castilla y León, procedían 16 de cada una. El grupo más grande contaba con 29 hombres de Castilla la Vieja. También se sabe que 35 habían estado en el Nuevo Mundo, más de la mitad por más de nueve años.

Sesenta y tres sabían firmar su nombre. Ninguno ostentaba un título de nobleza, aunque en algunas ocasiones los documentos se refieren a doce de ellos como hidalgos. Esta información nos da una idea del pasado de estos hombres antes de llegar al Nuevo Mundo. Ya en Nueva Granada, 63 de los 106 identificados, con el tiempo, llegaron a gozar los frutos de una encomienda en Santafé, Tunja, Vélez, Tocaima, Pamplona, Ibagué, Mariquita, San Juan de los Llanos o Mérida. Cincuenta y siete se casaron con europeas o con indias o cohabitaron con indias. Cinco de ellos no tuvieron descendientes. Once de los amancebados legitimaron a sus hijos mestizos. Había dos sacerdotes y siete mineros. Muchos lograron puestos públicos. Ocuparon el puesto de alcalde 45 veces y el de regidor 18 veces en Santafé, Vélez, Tunja, Tocaima, Ibagué o Mariquita. Cinco fueron regidores de por vida. Importante es señalar que, aunque esta expedición llegó un año después de la de Jiménez de Quesada, sus miembros desempeñaron un papel de igual importancia en la vida económica, social y política de la cordillera Oriental y el río Magdalena medio.

*Pastos, quillacingas y abades, 1535-1700*, es un estudio sustancioso de los tres grupos indígenas que habitaban la región de Pasto durante el régimen español y es comparable a los trabajos de Germán Colmenares sobre Tunja y los de Juan Villamarín sobre la sabana de Bogotá. Dada la importancia de Pasto, la región que tenía el grupo de indios más numeroso fuera de la de los chibchas, éste viene a ser un trabajo importante para los historiadores de tal período. Respecto a las tendencias demográficas de los indios bajo el dominio español, Pasto sufría un declive continuo, al contrario de Ecuador, donde las cifras de la población total aumentaban constantemente, hasta 1690, cuando las epidemias causaron un descenso precipitoso (véase Robson Brines Tyre, "The Demographic and Economic History of the Audiencia of Quito: Indian Population and the Textile Industry, 1600-1800", tesis doctoral de la Universidad de California, en Berkeley, 1976, inédita). En la región pastusa, el número de los indios tributarios cayó de 21.767 a 2.741 entre 1558 y 1691: un bajón de 87%. El doctor Calero estima que el número de hombres adultos al principio de la conquista de la región pastense oscilaba entre 25.000 y 30.000, en una población total de cerca de 150.000 personas.

En el siglo XVI, los encomenderos dominaron la región. En 1558, el oidor Tomás López visitó Pasto y confirmó 32 de las encomiendas. Éste fue el primer intento real de controlar y regular a los encomenderos. Sin embargo, López no podía visitar toda la región, y, aunque prohibió el servicio personal de los indios y trató de es-

tablecer la mita, sus gestiones no tuvieron éxito. Los encomenderos no le hicieron caso. La visita del oidor García de Valverde, entre 1570 y 1571, fue más exitosa en su esfuerzo por restringir el servicio personal; no obstante, dejó a los indios más expuestos a los gravámenes al establecer una mita minera, por la cual se hacía una rotación de una quinta parte de los indios a las zonas mineras cada ocho meses, y una mita agrícola, donde se los obligaba a trabajar en los trapiches. Los nuevos grupos impacientes por tener acceso a la mano de obra indígena ya competían con los encomenderos. Se nombró a un corregidor para cobrar el tributo y arreglar la cuota laboral de los indios. Valverde trasladó a la fuerza a 15 de los 70 pueblos de indios, quemándoles las moradas para que éstos no volvieran a ellas. También estableció 16 doctrinas. Aunque el servicio personal fue teóricamente abolido con esta visita, los indios tenían que sostener de todas formas la agricultura, las minas, a los curas y un corregidor, además de a los encomenderos.

Después de su aprobación en 1558, las encomiendas fueron otorgadas por el teniente gobernador de Pasto y con más frecuencia por el gobernador de Popayán, pero el Consejo de las Indias supuestamente tenía que confirmarlas. Aunque las encomiendas estaban permitidas en la misma familia solamente por dos generaciones, los encomenderos podían extenderlas sin problema por varias generaciones si pagaban un impuesto. Algunos encomenderos vivían en Popayán o en Quito, en vez de en Pasto. A medida que la población indígena declinaba durante el transcurso del siglo XVII, menos encomenderos renovaban sus encomiendas y no había interés por las que estaban vacantes.

La presión sobre la comunidad indígena era enorme. Los tributos estaban tasados en oro, cháquiras (collares de conchas y de semillas usados por los indios como dinero), mantas de algodón y pollos, y pesaban sobre el pueblo entero en vez de sobre cada cabeza. La disminución de su población y la carencia de cualquier reajuste en el tributo que les correspondía dejaban a los indios imposibilitados para pagar el mismo. Por no poder cancelarlo, los indios frecuentemente eran forzados a prestar servicio personal a los encomenderos. Durante la década de 1670, en algunos pueblos los tributos llegaron a estar atrasados hasta veinte años, lo que demuestra el grado de crisis en la sociedad indígena. Los caciques fueron encarcelados por meses, y su propiedad y sus enseres embargados y vendidos con el fin de hacerles pagar los retrasos, pero esta medida no tuvo mucho éxito. Los puestos de corregidor iban quedando sin llenar a medida que los

indios no producían el dinero suficiente para solventar el tributo, y así el interés por dicho cargo iba desapareciendo.

Afortunadamente para los españoles, los lavaderos de oro en la confluencia de los ríos Guáitara y Patía y en el valle de Sibundoy les generaron algo de bonanza en el siglo XVI. Asimismo, los descubrimientos de oro en Barbacoas y Almaguer por los años de 1620 produjeron otra riqueza breve para unos pocos, pero casi acabaron con los indios. Los sindagua en el Patía pudieron resistir a los españoles por un tiempo, pero finalmente fueron subyugados hacia 1635. Las leyes para proteger a los indios se violaban frecuentemente y las apelaciones de los primeros a la audiencia de Quito obtenían poco éxito en el castigo de las injusticias, aun cuando los fallos resultaran a favor de los indios. La sanción y el cumplimiento de las medidas de protección eran aún más difíciles en un lugar tan lejano como Pasto. Por ejemplo, aunque existía una prohibición contra el empleo de indios como bestias de carga, esta práctica se continuó por lo menos hasta 1690.

En el siglo XVI, los encomenderos fueron los mismos terratenientes. El cabildo de Pasto, dominado por ellos, otorgaba las mercedes de tierra. Los españoles podían legalizar los terrenos ocupados ilegalmente o sin título por medio de una composición, la cual generalmente sumaba menos de cien pesos. Algunas veces les tocaba a los pueblos indios pagar la composición para gozar del derecho a su propia tierra, la cual habían mantenido en su poder desde tiempos inmemoriales. Se presentaban quejas continuas de las comunidades indígenas sobre los daños causados a sus cosechas por el ganado que los españoles dejaban sin cerca. La baja de la población indígena y el traslado forzoso de los pueblos facilitaron a los españoles ocupar los terrenos indígenas muchas veces sin gran oposición. La Iglesia, sobre todo el clero secular, llegó a ser dueña de muchas tierras en la región pastusa. Durante el período de 1650 a 1730, Calero hace notar la existencia de 38 capellanías de tierra, con un valor total de \$108.787 pesos. De éstas, solamente una —la hacienda de Obando y trapiche de Iboag (\$20.750)— valía más de \$10.000, sin duda por los esclavos negros que contenía.

Muy pertinente, la investigación de Calero sobre Pasto llena un vacío y debe animar a otros estudios semejantes en otras regiones cercanas, tales como Popayán y el Valle, y a mostrar cómo Pasto formaba parte del conjunto más grande, la Nueva Granada. Además, sin duda esta monografía puede servir como base para la historia

de Pasto durante el siglo XVIII, cuando se observó un aumento notable de su población indígena.

Las rentas de los estancos —de la sal, el licor, la pólvora y el tabaco, entre otros— son un tema atractivo para incluir en la historia económica latinoamericana. Los estancos fueron especialmente importantes en el siglo XVIII por la cuantiosa renta que representaban para el Estado. También son significativos para la investigación porque sirven como puente entre los períodos colonial y republicano. Los documentos tocantes a las rentas se encuentran organizados pragmáticamente por su tema en vez de estar regados por todo el archivo. Aun sin contar con un índice, el historiador puede estar seguro de tener una fuente continua de documentos pertinentes al tema. La historia de cada uno de los estancos brinda un enfoque único y sirve como una ventana a través de la cual se pueden ver con claridad muchos detalles antes escondidos. A pesar de las posibilidades que ofrecen, pocos estudiosos los han explotado hasta el momento.

*Aguardiente y conflictos sociales en la Nueva Granada del siglo XVIII* es un ejemplo maravilloso de cómo los estancos se pueden utilizar en estudios futuros. Esta obra ofrece una riqueza de detalles nuevos sobre una variedad de temas. Mora de Tovar utiliza el estanco de aguardiente como un laboratorio para probar el efecto de las reformas borbónicas en la Nueva Granada. En el proceso subraya las dificultades que el gobierno central tuvo para recaudar ingresos, prevenir el contrabando e imponer a los productores y a los consumidores medidas desfavorables. Estudia la estructura de los movimientos de protesta popular y los motines contra los impuestos. En términos simples suministra información esencial sobre varios aspectos de la economía y la sociedad neogranadinas, sobre las pesas y medidas e incluso respecto a la identidad de terratenientes, consumidores y burócratas. En otras palabras, destapa estrato por estrato la economía, la sociedad, el gobierno y expone muchos de sus puntos de partida.

Aunque generalmente se piensa que las reformas borbónicas fueron más débiles en la Nueva Granada que en otras partes del imperio y que por lo general tenían poca consecuencia allí, no fue el caso del aguardiente. Los oficiales borbónicos condujeron dichas rentas por una serie de reformas y cambios complejos de gran alcance. Éstos incluyeron una alteración masiva de la producción, la distribución y la venta de aguardiente que se impusieron en cada región de la Nueva Granada. A principios del siglo XVIII, tales actividades estaban en manos de particulares,

pero ya a finales del siglo el Estado dominaba todas las fases de producción y consumo del aguardiente si había una ganancia. Estas modificaciones tan profundas ayudaban a crear nuevos intereses que respaldaban la transformación, pero también suscitaban una reacción y un descontento profundos, hecho que se hizo muy obvio con la rebelión de los comuneros en 1781. Sin embargo, los cambios más relevantes tuvieron efecto después, y, aunque no estaban asociados con la independencia, sin duda su grado y su extensión representaron un gran irritante social y económico. Quizá constituyeron en alguna forma los factores básicos para la ruptura con España y bien pueden tomarse como una clave para entender porqué el liberalismo colombiano del siglo XIX llegó a tal extremo de descentralización.

Las estadísticas de la producción y la venta del aguardiente muestran unos patrones y unas tendencias fascinantes, unos explicables, otros sugestivos y algunos enigmáticos. Por ejemplo, la costa atlántica—conformada por Cartagena, Santa Marta, Mompóx y Corozal— produjo 49% del ingreso en el período 1780-1798, si bien poseía menos del 25% de la población. ¿Por qué generó la costa mucho más ingreso por cabeza que otras regiones? Esto no resulta claro de inmediato. ¿Había más exportación de aguardiente en la costa? ¿Fueron los costeños más urbanizados y por lo tanto más fácilmente controlados y vigilados que los consumidores del interior? ¿Ejercía un impacto la presencia de los soldados y marinos en Cartagena? ¿Era la costa parte de una cultura caribeña, como la de Cuba, la cual presentaba una mayor aceptación de las reformas borbónicas? Estas inquietudes no pueden satisfacerse de inmediato, pero los interrogantes muestran caminos de investigación interesantes.

Los ingresos del aguardiente alcanzaron su máximo a finales de la década de 1780 y decrecieron bastante en la de 1790, aunque había algunas administraciones regionales, como las de Santa Marta, Leiva, Socorro y Corozal, donde seguían aumentando durante tal período. De nuevo, a qué se debía esta diferencia no es evidente. La doctora Mora de Tovar explica la baja general como el resultado de la nueva política de libre comercio, que dejaba el aguardiente y los vinos de Cuba y España entrar libres de impuestos, haciendo difícil que el aguardiente local pudiera competir. Desde este punto de vista, el programa de reformas borbónicas parece totalmente defectuoso y contradictorio. Mientras que la tendencia en España era privatizar la producción de aguardiente, en la Nueva Granada era monopolizar (por el Estado) la operación. Sin

embargo, cuando el estanco se hallaba instituido y produciendo muchos más ingresos, se permitían importaciones baratas, poniendo en peligro la operación. Obviamente los oficiales borbónicos no sabían cómo manejar las reformas en la Nueva Granada, de tal manera que complementaran la política general del imperio español, a menos que su fin fuera la explotación máxima.

¿Cómo se integran estos tres trabajos sobre la colonia neogranadina a la historiografía total de la colonia latinoamericana y cómo describen la experiencia colonial de la Nueva Granada como diferente a la de México o Perú? Según la documentación presentada por Avellaneda sobre el caso de los once hombres de Féderman que legitimaron sus hijos mestizos, parece que la mezcla de las razas se hizo frecuente desde temprano en toda la Nueva Granada. Quizá a una velocidad más rápida que en México o en Perú. Lo más seguro es que, al llegar el siglo XVIII, la Nueva Granada tuviera un carácter menos indio que estas otras dos regiones. El trabajo de Avellaneda también muestra el hecho de que la conquista en la Nueva Granada no produjo una ciudad tan importante como México o Lima. Esto se debe, tal vez, a que los conquistadores de la Nueva Granada no se concentraron en un solo lugar. Los hombres de Féderman llegaron a ser el núcleo no solamente de Santafé de Bogotá, sino de Vélez, Tunja, Pamplona, Tocaima y Mariquita. Esta dispersión hizo que los "padres" fundadores fueran desvaneciéndose en el paisaje colombiano y parecieran menos importantes que sus contrapartes mexicanas o peruanas. La finalidad y el propósito de sus hazañas se perdió. Sin embargo, el esfuerzo de los hombres de Féderman fue tan fatigoso y dramático como el de quienes participaron en la conquista de México y Perú, especialmente si se tienen en cuenta los obstáculos geográficos enfrentados; desafortunadamente, la fascinación de la topografía colombiana, en muchas ocasiones, distrae la atención debida a la contribución de estos conquistadores.

La obra de Calero, en cambio, se concentra solamente en la región de Pasto, cuya singularidad necesitaba ser explicada por los historiadores. Lo que se vislumbra después de leer a Calero es el aislamiento y la separación de este territorio, situación compartida por muchas otras comarcas colombianas. Pasto estaba lejos de Popayán y de Quito, y aún más lejos de Santafé. El estudio geográfico y de la población de indios y españoles predomina en esta obra.

El trabajo de Gilma de Tovar muestra cómo los españoles respondieron a la realidad neogranadina del

siglo XVIII en forma similar a la descrita por Avellaneda y Calero. Primero, cuando la burocracia española asumió el monopolio de una bebida alcohólica, con el fin de producir dinero, escogió la más española y controlable, el aguardiente —una variedad criolla con sabor de anís—, en vez de la más india, la chicha. Al igual que el mestizaje de las razas, se formó también uno de licores. En contraste, en México se implantó un estanco de pulque. Al fin, la Nueva Granada se encontraba más cerca del modelo español, aunque era un híbrido que encarnaba la cultura mestiza. El de México, en cambio, era más indio. Segundo, las tendencias centralizantes de las reformas borbónicas, evidentes en la organización del estanco de aguardiente en la Nueva Granada, chocaron con la realidad neogranadina de culturas regionales muy fuertes. Por esta razón la centralización del estanco fracasó. Después de todo, había casi tantas administraciones locales de aguardiente como regiones. Esto no era lo que los burócratas españoles querían ni esperaban.

Ellos pensaron en una administración semejante para todas las comarcas, dirigida de manera eficiente desde Santafé de Bogotá. Pero cada territorio aceptó el estanco a su manera, ignorando mucho de lo que ordenaban en Santafé. En un aspecto tan esencial como las pesas y medidas, por ejemplo, cada zona decidió hacer uso de un juego diferente, lo que consternó a los oficiales en Santafé, quienes pretendían uniformidad. Para desviar las tendencias del gobierno central y preservar el poder local, nada

más efectivo que mantener confundidos a los oficiales de Santafé empleando pesos y medidas que ellos no entendían. Irónicamente, como un legado histórico, hoy cada departamento colombiano tiene su propio estanco. En resumen, mientras el mestizaje —proceso que incluía a los negros, cuya contribución fue tan importante en el occidente como en la costa— seguía su curso y la cultura indígena disminuía, quedaba una mezcla de varias culturas regionales en vez de una cultura nacional.

El nexa común entre estos tres trabajos y otros estudios similares sobre América Latina es el esfuerzo de la "madre" España por imponer a su gente y su cultura en una tierra extraña y nueva. En dos generaciones, los "padres" fundadores desaparecieron del escenario, aunque sus herederos, representados por los encomenderos, trataron de mantener un sistema medieval español de orden y dominación. Con el tiempo, sus súbditos, los indios, se fueron debilitando, y el orden tradicional debía evolucionar. En el siglo XVIII apareció una nueva realidad que no era indígena ni española, pero sí fuertemente regional, y por consiguiente no estaba unida. El intento de España por imponer un orden y un sistema común en todas las comarcas con el fin de obtener más rentas, pero sin beneficio para la patria chica, forzó, a la larga, a las diferentes regiones —irónicamente— a formar un movimiento independizador común contra la metrópoli ibérica.